

Mientras se iba realizando en Judea este trabajo silencioso, los dispersos de Oriente seguían caminos diferentes, según su grado de piedad. Unos se iban entibiando cada vez más, llegando a una especie de deísmo. Otros guardaban celosamente el depósito del jehovahismo y se interesaban mucho por todo lo que sucedía en Jerusalén. Estaba escrito que aquellos rezagados alcanzarían algún día a la masa piadosa que ya cantaba las alabanzas de Jehová en las colinas de Sion. En 518 una embajada de judíos importantes establecidos en Babilonia y con nombres caldeos fue a hacer sus devociones a Jerusalén, preguntando si debía sostenerse el ayunar. Casi simultáneamente, ricos babilonios llevaron mucho oro a Jerusalén, y contribuyeron tal vez a derribar o a expulsar a Zorobabel.

Seguramente en muchos conceptos las familias que seguían en Babilonia eran más ricas y cultas que las que se habían determinado al regreso. Los estudios sobre los legislativos, se seguían allá lo mismo que en Jerusalén. Había en Babilonia más páginas de literatura antigua que en Jerusalén y se comentaban con pasión. Los *soferim* abundaban. Junto al sacerdote empezaba a aparecer el doctor, con el nombre de *mebin* (el que explica la ley). Más de cien años pasaron antes que el judaísmo oriental dejara de enviar a Jerusalén refuerzos, frecuentemente más enérgicos que la parte reingresada ya. La tranquilidad de Oriente en aquellos reinados prósperos de Darío, Jerjes y Artajerjes Longimano, permitió desarrollos sedentarios muy seguidos.

El contacto con el Irán fue poco importante. La gran evolución de la religión irania es posterior al momento que estudiamos. Sólo la fiesta profana de año nuevo fue tomada por los judíos, en aquella época antigua, de las costumbres persas. Israel, como en tiempo de su cautiverio, se encerraba con tenacidad en su literatura y en su pasado.

La cercanía del poder aqueménida central era muy ventajosa para los judíos de Oriente. Susa y las antiguas capitales eran orígenes de favor y de riquezas, que no desperdiciaba el judío para hacer carrera. Gobernar una gran casa feudal, ser el mediador para cuanto entraba y salía, pasaba por ser la posición más envidiable. Las grandes funciones en los vastos estrados de Persia estaban reservadas a la raza conquistadora, pero la administración disponía de innumerables puestos en los que el semita versado en la escritura aramea, encontraba empleos lucrativos. A mediados del siglo IV un tal Nehemías, judío muy piadoso, hizo carrera en las subprefecturas de Persia. El año 445 antes de J.C. llegó de Oriente a Judea con el título de *peha* de Jerusalén y poderes, según él, muy extensos, de la corte de Susa. Fue esto para los rigoristas muy buena suerte, porque Nehemías, como todos los orientales, pertenecía a la más estricta observancia y había traído un plan determinado de reformas en el sentido más conservador.

Nehemías, eunuco acaso, había hecho una pequeña fortuna en la servidumbre de la corte aqueménida, reinando Artajerjes Longimano. Según contó él mismo, fue copero en la corte, y en el ejercicio de estas funciones encontró medio de servir a su raza. La servidumbre, en el imperio

aqueménida, como lo ha sido siempre en el imperio otomano, era un camino ordinario para llegar a las funciones administrativas. La bajeza oriental se adaptaba muy bien a estas relaciones de domesticidad. Los judíos se enorgullecían de todo lo que, aparentemente, los acercaba al gobierno, aunque fuese poco digno. Presumían de ello para hacer creer que eran poderosos y con mucha frecuencia lo aprovechaban para molestar a sus enemigos.

De todos los poderes que Nehemías aseguraba poseer del «rey de reyes», había uno que tenía para sus compatriotas un valor inestimable, y era el de reconstruir los muros de Jerusalén. Hacía noventa años que a la ciudad le faltaba defensa, lo cual originaba burlas de los pueblos vecinos muy sensibles para los patriotas judíos. El perímetro del muro antiguo era visible todavía.

La tarea de Nehemías tenía que ser desagradable para la gente de Samaria. Las relaciones entre ésta y los judíos seguían siendo tirantes. Los ricos, los sacerdotes y sus paniaguados habrían querido una reconciliación entre ambas ramas de la familia jehovahísta, la cual habría sido acrecentada por los matrimonios. Existía aún entre los nobles de Judá judíos de espíritu amplio que no creían que su fidelidad a Jehová implicara el odio y la exclusión religiosa. Entre los principales de Samaria había un tal Tobiah cuyo hijo se llamaba Johanán y le apellidaban «el oficial amonita», indudablemente por ser oriundo del país de Amón. Los nombres de ambos personajes indican que eran adoradores de Jehová; pero, seguramente no participaban de las reformas pietistas de Josías. Tobiah era pariente del sumo sacerdote Eliasib: se había casado con la hija de Sekaniah, uno de los notables de Jerusalén, y su hijo Johanán se casó con la hija de Mesullam, otro notable. Estos judíos de Jerusalén hablaban muy bien de Tobiah y a veces les gustaba encomiar sus buenas cualidades delante de los fanáticos, que lo consideraban enemigo de Dios. Al lado de Tobiah vemos a Sanballat el honorita, hombre rico, que parece haber sido gobernador de Samaria. Una de sus hijas se casará con un nieto de Eliasib, sumo sacerdote. Un tal Dejschm o Djeschmu, jeque árabe, pertenecía, al parecer, a la misma compañía.

Cuando se enteraron de los designios de Nehemías, Sanballat y sus amigos parecieron tomar la cosa en broma. Sanballat se burló de aquella pretensión de resucitar las piedras y Tobiah sostuvo que el salto de un chagal bastaría para destruir semejante trabajo. Usando medios más peligrosos, se dedicaron a presentar la empresa como reveladora de una intención de revuelta contra el gobierno persa. Nehemías no se amilanó por esto. Dividió el contorno de la ciudad en zonas y distribuyó el trabajo entre los grupos principales de la población de Jerusalén y sus contornos.

Dichas zonas eran unas cuarenta. Todas las personas acomodadas, las corporaciones ricas, mercaderes, joyeros y perfumistas, se encargaron de la parte de muro que caía enfrente de sus casas o bazares. Los sacerdotes, empezando por su jefe Eliasib, demostraron mucho celo y construyeron grandes lienzos de muralla. Los levitas y *netinim* fueron igualmente laboriosos. Finalmente, las poblaciones próximas a Jerusalén, contribuyeron poderosamente a la obra común, guiadas por sus jefes. La

gente de los pueblos vecinos trabajaba de día y volvía a su residencia por la noche. Únicamente los de Teqoa se mostraron tibios.

Según parece se reconstruyeron los muros sobre las huellas que dejaron los destruidos. Había que encontrar las piedras antiguas bajo montones de escombros y de arena hacinados durante más de un siglo, lo cual representaba un rudo trabajo. Las puertas numerosas y las torres fueron reedificadas con gran esmero. Se pusieron en su estado primitivo las complicadas construcciones que rodeaban la piscina de Silooh, los estanques de los jardines del rey y las tumbas de la familia de David. Parece que Nehemías no pensó en reedificar los palacios y casas grandes que se extendían al sur del templo. Una ciudadela cerca de éste era necesaria. Esta ciudadela o *bira* (*baris* del tiempo de los macabeos) era una construcción grande, situada en el sitio donde levantó más adelante Herodes la torre Antonia (*serai* actual).

Al llegar el muro a la mitad de la altura la mala voluntad de los pueblos cercanos estalló vivamente. Sanballat, Tobiah, los árabes, los amonitas y los asdoditas se aliaron para atacar a Jerusalén y ocasionarle daños. El estado del imperio persa era un feudalismo que no evitaba las guerras civiles entre las ciudades o los jefes poderosos. Los judíos extendidos por el país llano informaron de estos designios a la gente de Jerusalén. Los habitantes de las localidades que tomaban parte en la labor de reconstrucción invitaron a sus compañeros a que volvieran a sus pueblos para salvarse del peligro. Nehemías mandó tomar precauciones muy ostensibles, que evitaron el ataque, pero hubo que vivir bien preparados. Los obreros llevaban la espada al cinto mientras trabajaban, Nehemías tenía siempre un trompetero junto a él, para dar en caso necesario la señal de combate, y la mitad de la gente estaba armada desde por la mañana hasta el anochecer. Nehemías y su gente jamás se desnudaban y tenían las armas al alcance de la mano.

A la vez, la situación económica interior de la población era bastante difícil. Antes de llegar Nehemías el vecindario de Jerusalén y sus cercanías estaba ya bastante apurado. Para pagar el tributo al rey de Persia, la mayoría había tenido que hipotecar casas y tierras, y vender hijos e hijas. La reconstrucción de las murallas aumentó el daño. En estos casos de préstamos hipotecarios la cosecha pertenecía a los acreedores, y a los pobres no les quedaba con qué vivir. Nehemías renunció a cobrar sus créditos, y predicó tan elocuentemente que todos los acreedores siguieron su ejemplo.

Terminado el trabajo, cuando no faltaba más que colocar las hojas de las puertas, Sanballat, Tobiah, Djeschm y los demás acreedores de los judíos volvieron a demostrar su oposición. Cuatro veces invitaron Sanballat y Djeschm a Nehemías a una conferencia en un pueblo de la llanura de Onno. Sus intenciones eran perversas. Nehemías contestó siempre con unas palabras que deberían recordar los que tienen que cumplir algún deber: «Estoy haciendo un gran trabajo, y no puedo bajar.» Sanballat envió a Nehemías una carta en la cual afirmaba que se le consideraba conspirador contra el rey de Persia y aspirante al trono de Judea, y se le llamaba para llegar a un acuerdo. El objeto de Sanballat era asustar a Nehemías, e impedir así la colocación de las puertas.

Nehemías no se dejó convencer, a pesar de que incluso entre los hombres piadosos encontraba una oposición bastante viva.

Finalmente se acabó la muralla el 25 de elul (equinoccio de otoño) después de un trabajo que, según el texto hebreo que tenemos, duró cincuenta y dos días, y según el que tenía Josefo, dos años y cuatro meses. Fue obra personal de Nehemías.

La época que siguió a la terminación de los muros, continuó dando muchos quebraderos de cabeza a Nehemías. Tobiah le espiaba y le hacía vigilar. Los Sekaniah y los Mesullam agraviaban a Nehemías elogiando a Tobiah delante de él. Una vez colocadas las hojas de las puertas y nombrados guardianes, Nehemías dio el cargo de comandante de la plaza de Jerusalén a su hermano Hananí, y entregó a Hananiah, hombre de confianza del partido pietista. Se mandaron observar severas precauciones en las puertas. Se abría tarde. De noche los habitantes guardaban el sector que estaba frente a sus casas.

Fueron inauguradas las murallas con gran solemnidad. Se reunieron los cantores de los pueblos próximos a Jerusalén. Purificaron sus propias personas, y luego con aspersiones al pueblo, a las puertas y las murallas, Nehemías hizo subir a las murallas a los príncipes de Judá, y dispuso dos grandes coros que andando en sentido inverso, habían de reunirse en el templo. Al reunirse, sin lugar a dudas, cantarían un *toda* solemne. Creíase ver presidiendo la ceremonia, a la sombra de David. La fiesta acabó con sacrificios, festines y cantos de júbilo.

Jamás se había declarado más verdaderamente la pretensión de fundar una ciudad sobre la religión, sin ayuda guerrera. Las ciudades antiguas no sobrevivían a la derrota de la patria. Si los persas hubieran tomado la acrópolis de Atenas, no se hubieran instalado en ella los sacerdotes, para reproducir, sin Atenas libre, las procesiones de las Panatheneas. Sin embargo, Nehemías, nunca pensó, al parecer, en que su ciudad carecía de algo esencial, y que aquella población de sacerdotes y músicos llevaba en la frente la mancha de la servidumbre. El judío no será nunca un ciudadano: vivirá siempre en poblaciones ajenas. Pero tenemos que decir que en el mundo hay algo más que la patria. Sócrates, en el mismo momento que estudiamos, planteaba las bases de la filosofía, y Anito y Melito sostenían que socava los cimientos de la patria. Es la consecuencia de una idea que la antigüedad no tuvo nunca: la del Estado, que garantiza los dones más opuestos de la actividad humana, y se mantiene neutral en las cosas referentes a la conciencia, el gusto y el sentimiento.